

Don Quijote de la Mancha
o el triunfo de la ficción caballeresca

Aurora Egido

Don Quijote de la Mancha
o el triunfo de la ficción caballeresca

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

1.ª edición, 2023

Ilustración de cubierta: *Triunfo del Emperador Maximiliano I*
(ms. Res/ 254 de la BNE, lámina 17)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Aurora Egido, 2023
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 3.674-2023
ISBN: 978-84-376-4587-2
Printed in Spain

Índice

Prefacio	11
CAPÍTULO PRIMERO. El juego del torneo y las justas de lucimiento	17
CAPÍTULO 2. Las órdenes militares y el <i>Quijote</i>	35
CAPÍTULO 3. Caballeros santos. Todo por san Jorge	57
CAPÍTULO 4. Al calor de las imprentas de Zaragoza y Barcelona	79
CAPÍTULO 5. Cambio de destino	91
CAPÍTULO 6. Orillas del mar. Entre caballeros, damas y muchachos	109
CAPÍTULO 7. Gigantes y caballitos cotoneros	127
CAPÍTULO 8. Caballeros con espejos «armados a la antigua». El Paso Venturoso	159
CAPÍTULO 9. Desafíos caballerescos y poéticos. La aparición de Pe- riandro	175
CAPÍTULO 10. Cervantes y los dominicos. Las justas por san Jacinto y san Raimundo	199
CAPÍTULO 11. Justas de armas y letras en el gran teatro caballeresco	219
CAPÍTULO 12. Del Paso Honroso al Paso Venturoso. Los ancestros de Alonso Quijano	235
CAPÍTULO 13. El triunfo de la ficción. Don Quijote en el espejo cón- cavo de la caballería	253

Y una mañana, saliendo don Quijote a pasearse por la playa armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vio venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente.

(Don Quijote de la Mancha II, LXVIII)

Prefacio

Contraheciendo unos conocidos versos de Cervantes en *El rufián dichoso*, tal vez podríamos decir que «añadir a lo inventado es dificultad notable». Sobre todo, si se trata del *Quijote*, la obra más leída y tal vez más imitada y comentada. En el presente libro, hemos tratado, en primer lugar, de leer de nuevo la obra cervantina a la luz de los torneos y las justas caballerescas y literarias, situándolos en el contexto histórico en el que surgieron¹.

Su análisis se ocupa de la distinción entre las dos partes del *Quijote*, pues ambas corresponden a reinos con características diferentes, como fueron el reino de Castilla y el reino de Aragón. El lector podrá apreciar que dedicamos una mayor atención a la segunda, surgida por el cambio de trayecto que supuso la aparición previa del

¹ Proseguimos, con este, nuestros trabajos: *Cervantes y las puertas del sueño. Estudios sobre «La Galatea», el «Quijote y el «Persiles»*, Barcelona, PPU, 1994 y 2005; *En el camino de Roma. Cervantes y Gracián ante la novela bizantina*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2005; *El discreto encanto de Cervantes y el crisol de la prudencia*, Vigo, Academia Editorial del Hispanismo, 2011; *Por el gusto de leer a Cervantes*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2018; *El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2019; y los artículos: «El archipiélago cervantino», *ÍNSULA*, 901-2, 2022, págs.38-42; y «De ínsulas y buen gobierno. Nuevos espejos clásicos y bizantinos en la Ínsula Barataria», *Janus*, 11, 2022, págs. 1-43. A ellos, cabe añadir, entre otros, la coordinación de las monografías: *Lecciones cervantinas*, Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, 1985; *La invención poética de la novela moderna*, *Anthropos* 98-99, Barcelona, 1989; *Los rostros de don Quijote*, Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, 2004; y *El universo de las citas y Miguel de Cervantes*, *Parole Rubate/Purloined Letters. Rivista internazionale di studi sulla citazione. Speciale Cervantes*, 8, 2013.

Quijote apócrifo. Pero, más allá de esa circunstancia especial, partimos de los ideales alimentados por una caballería internacional, extendida desde la Edad Media por Europa y trasladada posteriormente a América, que encarnó los ideales monárquicos, aristocráticos y eclesiásticos.

En ese aspecto, destacamos la tradición de los encuentros caballerescos, concebidos tempranamente como espectáculo y que se expandieron con holgura durante la época de Carlos V y Felipe II. Ellos ofrecieron una doble cara, militar y festiva, que se iría impregnando de tintes burlescos, rayanos a veces con la inversión del carnaval y la parodia. Esa parte lúdica de los pasos de armas, vinculados a la corte y a las entradas reales, nació al abrigo de una *milita Christi* que, sin embargo, Cervantes aplicó de manera muy distinta a los sueños de su héroe. Pues el *Quijote* no solo separó cuanto pudo lo divino de lo humano, sino que sometió sus códigos y leyes a la prueba de la realidad, al igual que hizo con las novelas de caballerías.

En el capítulo dedicado a las órdenes militares de Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa, destacamos en particular cuanto representó la Cofradía de san Jorge en el reino de Aragón, íntimamente ligada al destino frustrado de don Quijote en Zaragoza y a su última meta caballerescas en la ciudad de Barcelona. No en vano el espíritu de dichas órdenes, cuyo código conocía muy bien el hidalgo manchego, corrió en paralelo con el de las novelas de caballerías, fundiendo la realidad y la ficción en muchas de sus manifestaciones.

Los valores caballerescos de las órdenes militares y de las novelas de caballerías se asumieron en el imaginario colectivo no solo a través de la literatura escrita, sino de la transmitida oralmente o de la vivida de forma teatral y ficticia en los espectáculos públicos. Ello se hizo posible a través de la afloración de cofradías, cuyos miembros asumieron las formas de un mundo caballeresco en transformación. Este se proyectaría, más allá de la exaltación de la monarquía y de la nobleza, para convertirse en un espectáculo abierto al público en plazas y cosos dispuestos para el torneo, la sortija, el faquín y el estafermo, imitándolos a lo vivo en procesiones y alardes.

Todo ello se reprodujo, teatral y literariamente, en el ámbito de las justas poéticas que, en su protocolo y en las relaciones que las describían, adoptaron las formas y el lenguaje de las justas caballerescas, extendiendo su radio de acción en fechas próximas a la salida de las dos partes del *Quijote*. Este fue, en cierto modo, no solo producto de cuanto la imprenta reflejó sobre las novelas de caballerías, el romancero o la épica en prosa y verso, sino de las relaciones que

describían, a través de libros, carteles o pliegos sueltos, los triunfos de la monarquía, la nobleza y la Iglesia en sus manifestaciones públicas, haciendo partícipe de todo ello al pueblo llano.

El arco se amplió considerablemente con los festejos dedicados a la beatificación o canonización de los santos, que asumieron en buena parte los predicados caballerescos, transformándolos a lo divino dentro de unos parámetros religiosos que no implicaron sin embargo merma alguna respecto a la jocosidad. De ahí que prestemos particular atención a los elementos hagiográficos que se insertan en el matraz caballeresco y cervantino, sobre todo en los vinculados a las órdenes militares más significativas.

En ese sentido, nos centramos también en la relación de Cervantes con la Orden de Predicadores y cuanto se deduce de su participación en las justas zaragozanas por san Jacinto en 1599, así como de su posible conocimiento de las fiestas barcelonesas, celebradas en 1601 por la canonización de san Raimundo de Peñafort. Estas, como prueba la *Relación* que publicó ese mismo año fray Jaime Rebullosa, ofrecen un amplísimo panorama festivo de la ciudad pocos años antes de la aparición de la primera parte del *Quijote* e ilustran sin duda las últimas aventuras de su héroe.

Barcelona, centro neurálgico de comunicaciones entre el resto de España, Europa y el Mediterráneo, representaría en la obra cervantina una situación nueva, al enfrentarse el hidalgo manchego con la primera ciudad que pisó en su singular andadura, ofreciendo además la riqueza inherente a las lenguas en contacto.

Por otro lado, el mundo de las imprentas, al que Cervantes rindió culto en el conocido episodio de la segunda parte del *Quijote*, creemos ofrece cierta consideración. Sobre todo, en lo que atañe a las prensas zaragozanas y barcelonesas, que se dedicaron a editar novelas de caballerías y espejos de príncipes y nobles, entre otras obras que llenarían la imaginación del hidalgo manchego. La ciudad del Ebro presenta al respecto una riquísima muestra de material caballeresco que corrió en paralelo con cuanto significó para Cervantes la Cofradía de san Jorge. Ello permite valorarla como el lugar propicio al que decidió inicialmente que se dirigiera su héroe, aunque luego cambiara radicalmente su destino.

Pero esos y otros datos relacionados con la Corona de Aragón deben ser entendidos no solo en el contexto de las celebraciones de la corte, sobre la que se operaba frecuentemente por emulación en toda la península, sino en el de las fiestas caballerescas del resto de Europa y en las que se trasladaron al otro lado del Atlántico y hasta

del Pacífico, repitiendo de forma inmediata sus modos y modas. A su vez, el careo con el *Quijote* apócrifo, que ofrecemos en varios capítulos, nos permite ampliar la perspectiva con la que Cervantes se distanció de Avellaneda, silenciando, cribando o transformando los aspectos festivos y ridículos de su émulo.

La impostación fabulosa del *modus vivendi* de la nobleza ociosa corrió en paralelo con la fantasía desplegada en recibimientos, procesiones y paradas militares que se celebraron en toda España. La Barcelona caballeresca y festiva que Antonio de Lofraso o Lofrasso recreó literariamente en su *Fortuna de Amor* tuvo una continuidad real en los años previos al *Quijote*, recreando en sus plazas, calles, galeras y conventos, la cara más lúdica de los pasos honrosos y venturosos medievales, que todavía permanecerían vivos más allá de 1615.

La ciudad ofreció al respecto la celebración de justas caballerescas en la plaza del Born, así como el desfile procesional de caballitos cotoneros, mulazas y gigantes armados de cartón piedra, que fueron un modelo pintiparado a la contrahechura caballeresca de don Quijote. Sus trazas se asemejaron también a las de muchos caballeros vestidos a la antigua o de forma ridícula, que salieron en procesión, con su vestimenta y armas obsoletas, en otras capitales de España y América.

Las tradicionales fiestas del Corpus Christi, cuyos elementos simbólicos se trasladaron a otras fechas señaladas, incluida la de san Juan, son, en ese aspecto, un asunto a considerar. De ahí que dediquemos particular atención a los gigantes que procesionaron con vestimenta caballeresca, transformando en espadas sus antiguas mazas hercúleas. Ellos, como los infantes y niños, que imitaban en sus trazas y movimientos a los caballeros andantes en el espacio cortesano o en los desfiles callejeros, nos permiten situar a don Quijote en unas coordenadas que rebajaron los hechos heroicos al territorio del juego infantil y del festejo ciudadano. Por no hablar de las variantes folclóricas que pervivieron en las batallas de moros y cristianos, justicias y ladrones, duelos y ballestas.

Esos juegos bélicos, cuya impronta educativa se plasmó también en las piezas teatrales de corte caballeresco representadas en los colegios de la Compañía de Jesús, tuvieron una vertiente literaria que se deleitó frecuentemente en la locura fingida. Sin olvidar la locura real, presente en la aparición de mentecatos y locos en las procesiones o en la corte. El mismo teatro universitario barcelonés recrearía, en latín, catalán y castellano, el rebajamiento épico a través de piezas

representadas dentro y fuera de sus aulas, al igual que se hacía en los momos y entremeses de la corte o en los vejámenes de grado.

Los llamados géneros menores, en su letra o en la acción que los llevaba a escena, son desde luego un elemento indispensable a la hora de analizar las obras mayores. Pues la parodia caballeresca terminó por cubrirlo todo mucho antes de que apareciera el *Quijote*, sancionada en los entremeses, máscaras, tutilimundis, títeres y mojigangas de baratillo.

Pero lo sustancial en la obra cervantina, más allá de las imágenes visuales que la alimentaron, es sin duda el lenguaje. Este rebajó tempranamente la vida caballeresca al terreno del cuento risible, la facecía, el chiste, el disparate, la ensalada, la cuchufleta, la bufonada, la chimenea, la farsa y el sermón jocoso. Por no hablar de la carta burlesca, como aquella de don Francesillo de Zúñiga que apelaba, en tiempos de Carlos V, a las «quijadas de congrio ahumado de Juan de Astudillo», o que se deleitaba contando cómo desfilaron por Burgos doscientos labradores disfrazados de soldados con armas y sábanas blancas, llevando calderas y majaderos en las manos. Todo ello serviría a Cervantes a la hora de tejer el tapiz caballeresco desde el rebajamiento de la épica, aunque lograra asombrosamente que su protagonista no perdiera por ello dignidad alguna.

Las mencionadas fiestas de 1601, descritas por Jaime Rebullosa, nos permiten además relacionar su Paso Venturoso con el Paso de la Fuerte Ventura vallsolletano de 1428, mostrando hasta qué punto la efeméride barcelonesa se enlazaba con una antigua tradición caballeresca que se fue transformando con el decurso del tiempo. Sus encuentros en la plaza del Born nos ofrecen además la figura de un inusitado caballero catalán, que se hace llamar Periandro y que no deja de ser un predecesor curioso del protagonista de los futuros *Trabajos de Persiles y Sigismunda*.

La consideración de los pasos de armas, las fiestas cortesanas, nobiliarias y populares, así como la de los tratados militares, los espejos de príncipes y el trasfondo caballeresco plasmado en las crónicas, las novelas de caballerías, los pliegos sueltos, la moda de los «habiti» de diversas naciones y la tradición oral, nos permiten componer un prisma en el que esas y otras caras se entrecruzan de forma poliédrica en el *Quijote*.

Cervantes libó en numerosos géneros para producir su propia miel escrituraria a través de un ejercicio máximo de imitación compuesta. Este le permitió sin embargo correr por cuenta propia, añadiendo a lo inventado un personaje que lo transformaría todo en el panal de la locura. Claro que a don Quijote, también se le pueden

adjudicar las palabras de Polonio respecto a Hamlet, «Though this be madnes, yet there is method in it».

La genealogía de burlas, en la que ingresó don Quijote de la Mancha con todo derecho, tuvo su reverso en la vuelta final a su ser como Alonso Quijano el Bueno, cuya entidad no dejó de tener sin embargo ramificaciones caballerescas. Ello amplía, como veremos, la relación del héroe manchego con los miembros de la familia Quijada que acudieron al Paso Honroso leonés en 1434 y justifican en parte la razón por la que don Quijote quiso descender de esa estirpe.

Esas y otras consideraciones relacionadas con las dos partes del *Quijote* ofrecen un amplio panorama histórico y literario, visto a través del espejo cóncavo de la locura de su héroe, que transformó lo leído en sustancia propia. Sus ideales y sus aventuras nos devuelven con ello el significado de limpiar, pulir y lustrar que *espejar* y *despejar* tuvieron en su tiempo. Pero, sobre todo, el de complacerse con las gracias o acciones de alguien.

Al término de nuestro trabajo, desearíamos agradecer a la profesora María del Carmen Marín su lectura atenta y sus buenos consejos, emanados de quien tanto sabe sobre los libros de caballerías que alimentaron el magín de don Quijote.